

EL DIARIO DE MR.  
POYNTER

MR. JAMES

Sin duda, no hay mejor lugar de reunión para coleccionistas, libreros y comerciantes especializados que el salón de ventas de una famosa firma londinense que se ocupa de la subasta de libros, y no sólo en el transcurso de un remate sino —y notoriamente— cuando se efectúa una exposición previa a la venta. En uno de tales salones se iniciaron los asombrosos hechos que me refirió, hace pocos meses, la persona principalmente afectada por ellos, a saber, Mr. James Dentón, *Master oí Arts, Fellow oí the Society oí Antiquaries*, etcétera, etcétera, quien alguna vez se domicilió en Trinity Hall y, últimamente, en Rendcomb Manor, condado de Warwick.

Un día de primavera, no hace muchos años, hallábase en Londres con el propósito de realizar una serie de transacciones, casi todas vinculadas a la instalación de la casa que acababa de construir en Rendcomb. Quizás usted sufra una decepción al enterarse de que Rendcomb Manor era de edificación reciente, pero, lamentablemente, nada puedo hacer para remediarlo. Hubo sin duda una antigua mansión con ese nombre, pero no se destacó por ser hermosa o interesante. Y aun en tal caso, ni una ni otra cualidad habrían sobrevivido al catastrófico incendio que la devastó dos años antes de la fecha de mi relato. Diré con satisfacción que cuanto de valioso había en ella fue rescatado, y que además estaba totalmente asegurada. Mr. Dentón, por lo tanto, pudo afrontar con relativa facilidad los gastos que suponía la construcción de un edificio nuevo y mucho más apto tanto para él como para su tía, única persona que convivía con él.

Como estaba en Londres, con tiempo disponible, y no muy lejos del salón de ventas al que vagamente aludí, Mr. Denton decidió consagrar una hora a la posibilidad de encontrar, entre los manuscritos de la famosa colección Thomas, entonces en exposición, algo referente a la historia o topografía de la región del condado de Warwick donde estaba su casa.

Se dirigió allí, adquirió un catálogo y subió al salón de ventas, donde los libros —según es habitual— estaban expuestos en cajas o sobre largas mesas. Pudo observar, junto a los anaqueles, o sentadas alrededor de las mesas, a ciertas personas, algunas de ellas conocidas. Saludó a varias, y luego se dedicó a examinar su catálogo y a considerar los puntos de su interés. Sus progresos ya abarcaban no menos de doscientos del total de quinientos lotes (de vez en cuando se incorporaba para retirar un volumen del anaquel y para mirarlo inquisitivamente) cuando alguien le puso la mano sobre el hombro. Se volvió para comprobar que quien lo interrumpía era uno de esos hombres inteligentes, con barba puntiaguda y camisa de franela, que con tanta prodigalidad produjo, creo yo, el último cuarto del siglo xix.

No conviene a mi plan reproducir íntegramente la conversación que mantuvieron. Básteme consignar que ésta se refería sobre todo a conocidos comunes,

como ser el sobrino del amigo de Mr. Denton, casado hacía poco y establecido en Chelsea, la cuñada del amigo de Mr. Denton, cuyas serias dolencias habían disminuido, y a una pieza de porcelana que el amigo de Mr. Denton había adquirido meses atrás a un precio muy inferior a su valor. Acertadamente inferirá usted que tal conversación se redujo a un monólogo. Llegó el momento, sin embargo, en que el amigo razonó que Mr.

Dentón debía estar allí por algún motivo, y entonces preguntó:

—¿Busca algo en particular? No creo que haya mucho en este lote.

—Bueno, pensé que podría haber algunas colecciones del condado de Warwick, pero en el catálogo no veo nada bajo el nombre Warwick.

—No, aparentemente no —dijo su amigo—. De todos modos, creo haber visto algo así como un diario de Warwickshire. ¿Cómo se llamaba? ¿Drayton? ¿Potter? Painter... con P o con D, estoy seguro —y hojeó rápidamente el catálogo—. Sí, aquí está. Poynter. Lote 486. A lo mejor le interesa. Creo que los libros están allá, sobre la mesa. Alguien los estuvo mirando. Bueno, debo irme. Adiós... vendrá a vernos, ¿verdad? ¿Por qué no viene esta tarde? Tenemos un concierto a eso de las cuatro. Bueno, entonces será la próxima vez que venga a la ciudad.

Se fue. Mr. Denton miró su reloj y, con gran desconcierto, comprobó que apenas le quedaba un instante para recobrar su equipaje e ir a tomar el tren. Ese instante bastó para revelar que había cuatro enormes volúmenes del diario, que éste se relacionaba ante todo con las fechas de alrededor de 1710, y que en él parecía haber anotaciones de diversas especies. Valía la pena, al parecer, dejar una seña de veinticinco libras por él, lo cual pudo hacer, pues su agente habitual entró al salón cuando él estaba por retirarse.

Esa noche se reunió con su tía en su residencia provisoria, una pequeña casa a escasos cientos de yardas de Rendcomb Manor. A la mañana siguiente, reanudaron un debate que se había prolongado durante semanas, respecto del decorado de la nueva morada. Mr. Denton le expuso a su pariente el resultado de su visita a la ciudad: enumeró lo relativo a alfombras, sillas, roperos, a las jofainas del dormitorio.

—Sí, querido —dijo su tía—, pero no me dices nada de la tela para las cortinas. ¿Fuiste a... ?

Mr. Denton pateó el piso (¿qué otra cosa, en verdad, podía patear?).

—¡Ay caramba, caramba...! De eso me olvidé. De veras lo lamento. Iba hacia allí cuando pasé por Robins's.

Su tía alzó ambas manos.

—¡Robins's! Eso significa que recibiremos otra partida de libros viejos y horribles a un precio ultrajante. James, creo que ya que me tomo todas estas molestias por ti, debieras intentar acordarte del par de cosas que te encomendé especialmente. No es lo mismo que si te las pidiera para mí. No sé si crees que a mí me causa mucho placer, pero te aseguro que ese no es el caso, de ningún modo. No te imaginas cuántas reflexiones y problemas y preocupaciones me trae, y *tú* no tienes más que ir a las tiendas y encargar las cosas.

Mr. Denton intercaló un gemido de contrición.

—Oh, tía...

—Sí, muy bien, querido, yo no quiero hablar con crudeza, pero *debes* saber que es muy molesto: particularmente porque lo demora todo quién sabe hasta cuándo. Estamos a miércoles. Mañana vienen los Simpson, y no puedes dejar de atenderlos. El sábado tenemos invitados para jugar al tenis. Sí, por cierto dijiste que tú mismo los invitarías pero, por supuesto, yo tuve que redactar las tarjetas, y es ridículo, James, que pongas esa cara. De vez en cuando debemos ser corteses con nuestros vecinos: no te gustaría que comentaran que somos unos perfectos salvajes. ¿Qué iba diciendo? Bueno, el caso es que iba a esto: por lo menos hasta el jueves de la semana que viene no podrás ir a la ciudad, y hasta que nos hayamos decidido en cuanto a las cortinas es imposible resolver cualquier otra cosa.

Mr. Denton se aventuró a sugerir que como ya estaban dispuestos la pintura y el empapelado, semejante observación era en exceso severa, pero su lía, por el momento, no estaba en ánimo de admitirlo. No habría admitido, por otra parte, ninguna otra propuesta que él le anticipara. No obstante, con el transcurso del día, su actitud se tornó menos rígida: examinó con menguante disgusto las muestras y listas de precios que había traído su sobrino, y aun aprobó con entusiasmo ciertas elecciones.

En cuanto a él, estaba, como es natural, algo aturdido por la conciencia de no haber cumplido con un deber, pero más aún por la perspectiva de un *tennis-party*, mal que, si bien hubiese sido una desgracia inevitable en agosto, a su juicio no era de temer en mayo. Pero a tales ansiedades lo sustrajo, el viernes por la mañana, la comunicación de que era dueño, mediante la suma de 12 libras y 10 chelines, del

diario manuscrito de Poynter, cuyos cuatro volúmenes lo alegraron con su llegada al día siguiente.

Como el sábado por la mañana se vio obligado a llevar a Mr. y a Mrs. Simpson a dar un paseo en automóvil, y esa tarde a recibir a sus huéspedes y vecinos, hasta el sábado a la noche no pudo hacer más que abrir el paquete hasta que sus invitados se retiraron a dormir. Sólo entonces comprobó el hecho, que hasta el momento apenas sospechara, de que en verdad había adquirido el diario de Mr. William Poynter, propietario de Acrington (distante unas cuatro millas de su propia parroquia), el mismo Poynter que durante un tiempo fue miembro del círculo de anticuarios de Oxford, cuyo centro era Thomas Hearne y con el cual en última instancia el propio Hearne parece haber reñido, episodio nada extraordinario en la carrera de este hombre excelente. Tal como ocurre con las colecciones del propio Hearne, el diario de Poynter contenía múltiples notas sobre libros impresos, descripciones de monedas y otras antigüedades que habían llamado su atención, borradores de cartas sobre estos asuntos, además de la crónica de los hechos cotidianos. La descripción ofrecida por el catálogo de ventas no había bastado para darle a Mr. Denton una idea exacta del interés que parecía tener el libro, y se quedó leyendo el primero de los cuatro volúmenes hasta horas harto reprensibles.

El domingo por la mañana, al regresar de la iglesia, su tía entró al estudio y olvidó lo que venía a decirle al ver los cuatro volúmenes *in-quarto*, con cubiertas de cuero marrón, que yacían sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —dijo con suspicacia—. ¿Son nuevos, no? ¡Oh!, ¿y por esto te has olvidado de mis cortinas? Habráse visto ¡Qué despropósito! ¿Cuánto pagaste por ellos, me gustaría saber? ¿Más de diez libras? James, es un verdadero pecado. En fin, si cuentas con dinero para derrochar en esas cosas, no puede haber razón alguna para que no te suscribas (y generosamente subscripto) a mi Liga contra la Vivisección. De veras, James, y mucho me molestará si no... ¿Quién dices que los escribió? ¿El viejo Mr. Poynter, de Acrington? Bueno, por supuesto que es interesante reunir viejos documentos de esta vecindad. ¡Pero diez libras!

Recogió uno de los volúmenes —no el que había leído su sobrino— y lo abrió al azar, dejándolo caer en el acto en cuanto un ciempiés emergió de entre las páginas. Mr. Denton lo recogió con una sofocada interjección.

—¡Pobre libro! Creo que no eres muy amable con Mr. Poynter.

—¿De veras, querido? Que él me perdone, pero sabes que no puedo soportar a esas horribles criaturas. Déjame ver si le causé algún daño.

—No, creo que todo está bien; pero mira dónde lo has abierto...

—¡Oh, caramba! Mira un poco, ¡qué interesante! Despréndelo, James, y déjame verlo.

Tratábase de un trozo de tela casi idéntico a la página en tamaño, sujeto a ella mediante un anticuado alfiler. James lo separó y se lo *alcanzó a* su tía, volviendo a pinchar el alfiler en la página.

Ahora bien, no sé exactamente de qué tela se trataba, pero tenía impreso un dibujo cuyo trazado fascinó a Miss Denton. Ésta se manifestó embelesada, lo apoyó contra la pared, persuadió a James a hacer lo mismo para poder contemplarlo de lejos, luego lo inspeccionó y culminó su examen con enfáticos elogios al buen gusto del anciano Mr. Poynter, que había tenido la feliz idea de preservar esta muestra en su diario.

—El diseño es encantador y admirable —exclamó ella—. Mira, James, qué deliciosas ondas entretejen estas líneas. A uno lo hacen acordar del cabello, ¿no? Y estos moños de cinta... Dan el tono exacto que se requiere. Me pregunto...

—Iba a decir —interrumpió James con deferencia—: me pregunto si nos costará mucho hacerlo copiar para nuestras cortinas.

—¿Copiar? ¿Y cómo lo vas a hacer copiar, James?

—Bueno, ignoro los detalles, pero supongo que se trata de un diseño impreso, y que se podría sacar un molde en madera o metal.

—¡Oh!, pero es realmente una idea magnífica, James. Casi me inclino a alegrarme de tu... de que te olvidaras de las cortinas el miércoles. Prometo olvidarlo todo y perdonarte si haces copiar este diseño *adorable*. Nadie tendrá uno semejante, y no lo olvides, James, no permitiremos que se venda a otras personas. Ahora debo irme, y me olvidé por completo de lo que te venía a decir: no importa, ya me acordaré.

Una vez que su tía se retiró, James Denton dedicó unos pocos minutos a un examen más escrupuloso del diseño. Lo asombraba el impacto que éste había causado en Miss Denton. A él no le parecía tan bonito o peculiar. Sin duda era tolerable para un cortinado: caía en bandas verticales que, al parecer, debían converger en la parte superior. Miss Denton no se equivocaba al compararlas con ondas —casi parecían rizos— de cabello. En fin, lo más importante era descubrir, mediante guías comerciales, qué empresa podía dedicarse a la reproducción de un

viejo diseño de esta especie. No me demoraré en los pormenores del caso: Mr. Denton confeccionó una lista de firmas probables y fijó un día para visitarlas con su muestra.

Sus dos primeras visitas fueron infructuosas: pero los números impares traen suerte. La firma de Bermondsey que era tercera en su lista solía emprender ese tipo de labor. Las evidencias de que disponían al respecto justificaban que se les encomendara el trabajo. "Nuestro Mr. Cattell" lo aceptó con un fervoroso interés personal.

—Créame, señor, es realmente conmovedora la cantidad de material medieval de este tipo, de veras encantador, que pasa inadvertido en muchas de nuestras casas solariegas y que corre, estoy seguro, el peligro de ser desechado como basura. ¿Cómo es que dice Shakespeare ... ?, inadvertidas nimiedades. Ah, como yo digo, él siempre tiene la palabra exacta. Shakespeare, quiero decir, aunque bien sé que no todos comparten conmigo esa opinión. El otro día tuve una especie de altercado con un caballero que vino, era un hombre con título, también, y creo que me dijo haber escrito algo sobre el particular, y por casualidad yo cité algo relativo a Hércules y la tela pintada. Caramba, viera usted qué alboroto. Pero en cuanto a esta, que usted tan amablemente nos confía, es un trabajo que emprenderé con auténtico entusiasmo, intentando dedicarle mis mejores habilidades. Lo que un hombre hizo, según le observaba hace sólo unas semanas a otro estimado cliente, otro hombre lo puede hacer, y en tres o cuatro semanas, si todo marcha bien, esperamos ofrecerle la prueba concluyente de ello, señor. Anote la dirección, por favor, Mr. Higgins.

Tal el curso general de las observaciones de Mr. Cattell en su primera entrevista con Mr. Denton. Cerca de un mes más tarde, notificado de que ya había muestras a su disposición, éste volvió a verlo y tuvo, al parecer, razones para estar satisfecho con la fidelidad de reproducción del diseño. En la parte superior había sido terminado de acuerdo con la indicación que antes mencioné, de modo que las bandas verticales se unían. Aún había que hacer algo para imitar el color del original. A nadie importunaré con las sugerencias de orden técnico que hizo Mr. Cattell, quien además deslizó ciertas observaciones que vagamente impugnaban la idea de que el diseño pudiera tener aceptación general.

—Dice usted que no desea que nadie sea provisto con este modelo, salvo amigos personales de usted que exhiban su propia autorización, señor. Pues así se hará. Comprendo su deseo de exclusividad: le da cierto sabor al hallazgo, ¿no? Lo que es de todos, se dice, no es de nadie.

—¿Cree usted que sería popular si fuera fácil de conseguir? —preguntó Mr. Denton.

—Lo veo difícil, señor —dijo Cattell, aferrándose reflexivamente la barbilla—. Lo veo muy difícil. No creo que tuviera aceptación: el hombre que preparó la matriz no lo aceptó muy bien, ¿no, Mr. Higgins?

—¿Le pareció una tarea difícil?

—No tenía motivos para eso, señor; pero el hecho es que el temperamento artístico (y nuestros hombres son artistas, y no menos que cualquiera de los que el mundo así denomina), ese temperamento, como le decía, suele tener rechazos y preferencias difícilmente explicables, y este fue un ejemplo. Las dos o tres veces que fui a inspeccionar la marcha de su trabajo pude entender lo que me decía, pues le conozco los hábitos, pero no su verdadero disgusto por lo que yo llamaría algo exquisito. Y tampoco pude averiguarlo. Parecía —dijo Mr. Cattell, fijando los ojos en Mr. Denton— que el hombre oliera algo casi maligno en ese diseño.

—¿En serio? ¿Se lo dijo así? Yo, por mi parte, no veo en él nada siniestro.

—Tampoco yo, señor. De hecho eso fue lo que le dije. "Vamos, Gatwick", le dije, "¿qué te pasa? ¿A qué se debe tu prejuicio... pues no lo puedo llamar de otro modo?" Pero no, no me dio ninguna explicación. Y debí contentarme, tal como ahora, con un encogimiento de hombros y un *cui bono*. De todos modos, aquí la tiene.

Y así volvieron al aspecto técnico del asunto. La búsqueda de los colores para el fondo, el borde y los moños era por cierto la cuestión más ardua, que requirió múltiples y mutuos envíos del diseño original y de las nuevas muestras. Durante parte de agosto y setiembre, también, los Denton vivieron fuera de Rendcomb Manor. Sólo en octubre contaron con cantidad suficiente de tela como para confeccionar las cortinas de los tres o cuatro dormitorios en que iban a colgarlas.

En la festividad de Simón y Judas, tía y sobrino regresaron de una breve visita para hallarlo todo concluido, y no poca satisfacción obtuvieron del efecto general. Las nuevas cortinas, en particular, eran admirablemente adecuadas al ambiente. Cuando Mr. Denton, al vestirse para la cena, tomó posesión de su cuarto, en el que la tela colgaba en profusión, se felicitó una y otra vez de la suerte que lo había inducido a olvidarse del encargo de su tía y que había puesto en sus manos este medio, hartamente eficaz, de enmendar su error. El diseño era, según él mismo comentó durante la cena, muy sosegado, sin ser monótono. Y Miss Denton —cuyo cuarto, dicho sea de paso, no gozaba de tales cortinados— estuvo muy dispuesta a darle la razón.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, él redujo un poco —muy levemente— sus elogios.



—Sólo una cosa lamento —declaró—: que hayamos permitido que unieran las bandas verticales en la parte superior. Creo que hubiera sido mejor dejarlas así.

—¿Cómo? —dijo interrogativamente su tía.

—Sí. Anoche, mientras leía en la cama, no pude dejar de mirarlas. Es decir, no podía evitar echarles una ojeada de vez en cuando. Tenía la sensación de que alguien me miraba desde algún lado entre las cortinas, desde donde debía estar el borde, y creo que eso se debía a la unión de las bandas en la parte de arriba. Aparte de eso, lo único que me molestó fue el viento.

—Bueno, creo que fue una noche totalmente serena.

—A lo mejor sólo lo había en esa ala de la casa, pero bastaba para agitar mis cortinas con un susurro más que inconveniente.

Esa noche recibieron la visita de un amigo soltero de James Denton, que se alojó en un cuarto en el mismo piso que su anfitrión, aunque al final de un largo pasillo en cuya mitad había una puerta de bayeta roja, puesta allí para interceptar las corrientes y amortiguar el ruido.

Los tres se habían retirado, Miss Denton mucho antes que ambos hombres, que se despidieron a las once. James Denton, que aún no tenía sueño, se sentó en un sillón y se puso a leer. Dormitó y luego despertó, y recordó que su *spaniel* marrón, que solía dormir en su cuarto, no había subido con él. Luego pensó que se había equivocado, pues al dejar caer el brazo a un costado del sillón, a pocas pulgadas del suelo, creyó rozar una superficie velluda; estiró entonces el brazo en esa dirección y le pareció palpar algo redondo. Pero la sensación que le inspiró, y más aún el hecho de que a su caricia no respondiera movimiento alguno, sino una enfática quietud, lo incitó a mirar por encima del brazo del sillón. Lo que había tocado se irguió para enfrentarlo. Mantenía la postura de alguien que ha reptado durante mucho tiempo sobre el vientre, y tenía, por lo que él luego recordó, aspecto humano. Pero en el rostro que ahora se *alzaba a* escasas pulgadas del suyo no podía discernirse rasgo alguno sino una maraña de pelos. Era tan amorfo, espantoso y amenazador que Mr. Denton se vio obligado a saltar de su sillón y a precipitarse fuera del cuarto, no sin proferir aterrados gemidos; y no cabe duda de que lo más apropiado era escapar. Mientras acometía la puerta de bayeta que dividía el pasillo y —olvidando que se abría hacia su lado— la golpeaba con todas sus fuerzas, sintió un suave roce en la espalda que parecía crecer en vigor, como si la mano (o lo que fuera, acaso algo peor que una mano) se materializara a medida que se concentraba la furia del perseguidor. Entonces recordó cómo se abría la puerta, la abrió, la cerró a sus espaldas, ganó el cuarto de su amigo, y nada más necesitamos saber.

Es curioso que, desde que estuvo en posesión del diario de Poynter, James Denton no hubiera buscado una explicación a la presencia de la tela hallada entre sus páginas. Había leído el manuscrito sin descubrir ninguna alusión, y había llegado a la conclusión de que no había nada que decir. Pero, al abandonar Rendcomb Manor (sin saber si era para siempre), como insistió en hacerlo, es natural, después de experimentar los horrores que intenté describir, se llevó él el diario consigo. En su alojamiento frente al mar examinó con mayor cuidado el sitio de donde había sacado la tela. Lo que recordaba haber sospechado resultó correcto. Había dos o tres páginas pegadas, pero escritas, según resultaba evidente al verlas al trasluz. No fue difícil despegarlas con vapor, pues la pasta había perdido buena parte de su fuerza; contenían observaciones acerca del diseño.

La anotación era de 1707.

"El anciano Mr. Casbury, de Acrington, hablome hoy del joven Sir Everard Charlett, a quien recordaba como estudiante de la Universidad, y a quien creía de la misma Familia que el Dr. Arthur Charlett, actualmente uno de sus rectores. El tal Charlett era un caballero joven y bien parecido, aunque irremediamente ateo y proclive a excesos en la bebida. Sus extravagancias, que no pasaron inadvertidas, valiéronle diversas amonestaciones; y de haberse conocido la historia completa de sus libertinajes, sin duda lo habrían expulsado de la Universidad, a menos que se hubiesen manipulado intereses en su favor, tal como lo sospechaba Mr. Casbury. Era un joven de hermoso aspecto y solía usar su propio cabello, el cual era muy abundante y le valió, tanto él como su vida disoluta, el apelativo de Absalón, y él acostumbraba decir que creía haber abreviado los días del viejo David, refiriéndose a su padre, Sir Job Charlett, un anciano y digno caballero.

"Díjome Mr. Casbury que él no recuerda el año en que murió Sir Everard Charlett, pero que fue en 1692 o 1693. Murió súbitamente en octubre. [Omítense varias líneas que describen sus hábitos desagradables y los delitos que se le imputan.] Habiéndolo visto tan animoso la noche anterior, Mr. Casbury se enteró con asombro de su muerte. Lo hallaron en la fosa de la ciudad, y, según decían, le habían arrancado el cuero cabelludo. Casi todas las campanas de Oxford tañeron por él, pues era un noble, y fue sepultado a la noche siguiente en el ala este de San Pedro. Sólo dos años más tarde, como su sucesor decidiera trasladarlo a su propiedad rural, díjose que el ataúd, al romperse por accidente, reveló estar repleto de Pelo: lo cual suena a fábula, aunque creo que constan precedentes, como en la *Historia de Staffordshire* del Dr. Plot.

"Al ser desocupados sus aposentos, Mr. Casbury se quedó con parte de sus cortinados, los cuales decíase que este Charlett había diseñado expresamente en homenaje a su Cabello, dándole al Hombre que los preparó un rizo con el cual

trabajara, y el fragmento que adjunto aquí fue parte de los mismos, cedido a mí por Mr. Casbury.

Dijo que él creía que existía alguna astucia en el dibujo, pero que jamás la había descubierto por sí mismo ni deseaba meditar sobre ello".

El dinero que costaron las cortinas bien pudo arrojarse al fuego, tal como lo fueron éstas. El comentario de Mr. Cattell con respecto a cuanto él supo de esta historia adoptó la forma de una cita de Shakespeare. Usted, creo, la adivinará sin dificultad. Comenzaba con las palabras: "Hay más cosas...".